

# ILLUSTRATION

NON PLUS ULTRA



EL HORNILLO DEL AMOR



Semestre. 3' Ptas.  
Año. . . . 5'50 id.

Pago en moneda, li-  
branza ó sellos única-  
mente en la Administra-  
cion de 10 a 1 y de 3 a 5

ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9  
BARCELONA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 19 Mayo 1887

10 céntimos de pta.  
y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y punto de costumbre en

ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta

Núm. suelto 10 céntimos de peseta

## EL JURADO

Es cosa resuelta. Habrá Jurado. Muchos regañarán y maldecirán la innovacion, ¿quién lo duda? ¿Acaso no hay aves que esquivan enfadadas los rayos del sol? ¡Habrá Jurado! Pero bueno es preguntar: ¿habrá justicia?

La tierra, como dijo el poeta, no es el centro de las almas, y por eso es imposible evitar que la inocencia arrastre prisiones, y que vibren palmas manos inicuas. No se pregunte pues, si habrá justicia en absoluto, porque esto presumiría que es susceptible la mezquina condicion humana de adquirir dones de infalibilidad; pregúntese únicamente si habrá más justicia, y entonces no titubaremos en contestar rotundamente que sí. Dejando aparte prevenciones de escuela, los hombres honrados que han tenido ocasion de examinar de cerca los trámites de un juicio criminal por los procedimientos hasta el día usados, si saben sobreponerse á la rutina, han de suscribir á nuestra categórica afirmativa. Como no? Vamos á suponer de los tribunales, todo cuanto es posible suponer en su favor; vamos á suponer verdaderos prodigios. Supongamos que el Juez es un profundo jurisperito, integérrimo, que anteponiendo la ciencia al puchero, desdeña el bufete de letrado donde se ganaria pingües honorarios y fama, y se sacrifica en aras de la justicia vistiendo la toga que le ha de ocasionar grande trabajo, le ha de reportar mezquino sueldo insuficiente para vivir con holgura, le ha de mantener esclavo del capricho de cualquier zafio cacique de aldea amigo de cualquier monosilábico diputado, le ha de precisar á constantes cambios de lugar, le ha de privar de reputacion y amigos y triunfos, y le ha de crear apurados conflictos de conciencia. Supongamos (y sube de tono la hipótesis) que este Juez tiene un escribano que si es licenciado en derecho puede ser un gran abogado, y si es simplemente Notario puede ser capaz de llevarse en oposiciones la más florida notaría, y conven-gamos en que el tal escribano se limita á cobrar por riguroso arancel lo que trabaja: sujeto de conciencia pone en autos las diligencias estrictamente indispensables para no despellejar á los litigantes, hombre laborioso no fia la tramitacion á las mercenarias manos de un escribiente, y se contenta con lo que legítimamente gana que no será más que para comer sopa y cocido, y vivir en piso de 12 duros. Supongamos (y llegamos al límite del encarecimiento) que el tal escribano tiene un oficial auxiliar, el cual es un joven de dulce carácter, de corazon recto, y de inteligencia despejada, que

teniendo una letra de buen leer, y una erudicion en derecho penal nada comun, se satisface con veinte y cinco duros mensuales, y se contenta con estrenar un solo vestido al año, fumar cigarrillos de estanco, ir tal cual domingo á teatro gastando una pesetita, y vivir en una casa de huéspedes de quince duros al mes. Supuestas tales maravillas, no hay que decir que el secreto del sumario puesto en manos de dichos sujetos será verdad, que no habrá combinaciones astuciosas para burlar la ley, que no se dictarán autos obediendo á interesadas complacencias, que lo que los testigos declararán se hará constar textualmente en el proceso, que en este no entrarán raspaduras, ni falsas enmiendas, en una palabra que el soborno se estrellará contra la inflexible rectitud del Tribunal, y los fallos no se pronunciarán sino previo el más detenido exámen de las pruebas obrantes en autos. Pues bien, así y todo, todavía se asegura más con el Jurado la acertada sancion de la justicia; porque desaparecido aquel principio jurídico que establece que lo que no está escrito en el proceso, no está en el mundo, ya será menos posible que un testigo ducho declarando en mentira haga triunfar la malicia, y que un testigo rudo declarando la verdad se confunda y cause perjuicio á la inocencia: ya no acontecerá que los jueces, apesar de tener la conviccion intima de que el acusado es delincuente, ó inculpable, tengan que fallar contra tal conviccion en vista de los datos del proceso. Mediante el jurado hombres imparciales, hombres representantes de todas las clases de la Sociedad, hombres que no esperan retribucion por su fallo, hombres completamente ajenos á los ardides curialescos, verán al acusado, á los testigos, y al acusador, oirán sus confesiones, les preguntarán sus dudas, apreciarán hasta en sus inflexiones de voz y en la serenidad ó turbacion de sus rostros todo lo que pasa en el fondo del alma, y sin más consejero que su recto sentir pronunciarán veredicto que llevará consigo la suprema autoridad de la opinion pública, el cual por lo mismo producirá en la sociedad efectos más moralizadores que el fallo dado por un Tribunal despues de un secreto procedimiento. Y no es esto todo: el Jurado además reúne la ventaja de ser un gran elemento de cultura, por lo mucho que dignifica á los ciudadanos llamándoles al sagrado cargo de juzgadores cuando hasta ahora solo debían acojerse al recurso de la murmuracion.

Aseguran los teólogos que una de las mayores penas que sufrirán los réprobos en el día del juicio universal, será el que se proclamen



sus pecados á la faz de todas las generaciones; y dicen que esta consideracion ha bastado para que muchos se abstuviesen de pecar temerosos de aquella gran vergüenza. Quien sabe pues, si el Jurado con su carácter de publicidad contribuirá á disminuir la estadística criminal de nuestra nación? Quien sabe si será freno á la malicia el temor de comparecer ante todo el pueblo y ser juzgado por este, en vez de serlo por un Juez y un escribano desconocidos?

Cuando se gana una sangrienta batalla, es costumbre celebrar el hecho con grandes fiestas, porque no hemos de celebrar esa incruenta y soberana victoria ganada á favor de la justicia redentora?

JUDAS TADEO.

## CADENA PERPETUA

novela original

de

Pedro Huguet y Campaña

(Continuación)

—Así es; pero ya le tengo repetido á V. mil veces que en cuanto se le acabe la masita, me diga «al cabo estamos,» sin venirme á quebrar la cabeza con cuentas que no quiero saber. Dígame únicamente como está de fondos, y déjese de comprobantes.

—Es que yo no paso por ello; insistió el ama.

—Será forzoso, porque yo no la escucharé; replicó Don Gonzalo.

—Pues desde ahora puede V. buscar quien me sustituya; exclamó Doña Felipa con la dignidad de un ministro ofendido que dimite la cartera.

—Es V. indomable Vamos, machaque V. á su gusto. Pero haga cuenta que lo que habla se lo explica á los pajarillos del aire; repuso Don Gonzalo: y afectando distracción tomó un vaso de la bandeja, le echó dos dedos de ratafia, lo colmó con agua, lo alzó para contemplarlo un momento al trasluz, bebió, encendió un cigarro, y cruzando indolentemente las piernas se puso á seguir con la vista las bocanadas de humo que se desvanecían ondulando en caprichosas espirales.

Doña Felipa impertérrita, empezó el siguiente monólogo:—«Dijimos que eran 400 reales. Quitense ochenta y siete que costaron las medicinas para el tío Cambrónera, y treinta y cuatro que entregué á su mujer para caldo, y tenemos, 87 y 34 son 121... pues tenemos 279 reales sobrantes. Voy bien, Don Gonzalo? Bueno! Sesenta y ocho reales presté al Gorgojo que debía un trimestre de contribución, y le iban á embargar el campo que le produce para mantener escasamente á su pobrecica familia; dése por quiebra este préstamo porque el hombre está más pelado que rodilla de cabra, y resulta, de 279 que sobran rebájese 68, pues resultan 211 realicos ¿Sigo bien así, Don Gonzalo? Corrientel 124 á Jaleito para ayuda de la compra de un mulo: el que tenía se le murió, y el ñiquiñaque se desesperaba; porque sin animal no podía ganarse la vida yendo á Málaga de traginero;

así quedan.... á ver, á ver, he dicho 211, pues quedan... 87 reales, si no hay yerro.

El tragaldabas del chico de Cazuela andaba por ahí descalzo y sin camisa hecho una porquería, y me costó diez y seis reales colgar algun guiñapo á aquellas carnazas; restan pues 71 reales. La limosna mensual á las viudas de Miguelito Trefes, Cascarilla, y Pepe Ojeras, monta sesenta reales, que con los veinte y cuatro que pagué al negro de Escarbaviñas para que no pidiese justicia contra el Tamborilero que le adendaba un trimestre de alquiler, son 84 reales, y con 28 para la lactancia del gazzápiro que le ha nacido á la Gólondrina, son 112. Sobran... sobran...

Aquí se atascó la buena mujer: Pormás que contaba y recontaba no daba con el saldo. Todo se le volvía poner los ojos en alto, morderse el labio inferior, dar con la punta de los dedos golpecitos en la mesa como si te clease y taconear menudamente con nerviosa impaciencia. Don Gonzalo qué de soslayo la miraba, divirtiase grandemente con aquella espresiva mimica, complaciéndose en prolongar con su silencio la embarazosa situación del ama, á la cual se le iban y venían los colores en el rostro.

—En fin, que sobra todo esto; exclamó Doña Felipa furiosa de no acertar con la cuenta; y sacó del bolsillo, y arrojó sobre la mesa, un macizo cucurucho de papel estraza que con la violencia del choque reventó derramando como un grueso puñado de monedas de cobre que juntas no valdrían mas de tres pesetas.

—Alto, ahí, señora mía: dijo en este punto Don Gonzalo. Por vida mía, que aquí hay trampa! ¿A qué no dice V. que no?

—Pues no lo he de decir! murmuró algo fosca Doña Felipa.

—En tal caso no diría V. verdad. Ofrecerme un pico depus de lo contado, cuando todavía se deja en el buche otra porción de menudencias, es lo que hay que ver.

—Pues repito que esto es todo, á lo menos que yo sepa.

—Que V. sepa! Buena tracista está V! Dígame sino de que artesa salió el pan que durante estos dias han comido los de Zumaque y el Chiquitín; explique V. como se las ha compuesto la Garza para comprar los dos pares de pichones que fué preciso aplicar á su esposo para quitarle la calentura de la cabeza. Vaya, cuente V. Doña Felipa.

—Oh! no gallee V. tanto; contestó esta regularmente amoscada: Porque si á la greña vamos, tambien diré yo de donde sacan el aceite, y los cuartanes de trigo el abuelo Zizaña, el manco de Charran, y otros del mismo pelaje que le sonsacan á V. Piensa, bendito de Dios, que duermo? En fin, que si V. es matraca, voy y les canto cuatro claridades á esos buscones, que como tienen segura la bazofia, se pasan los dias ganduleando sin darse maña para nada.

—Roñosa! dijo riendo Don Gonzalo

—Si, roñosa, si: siga V. por ese camino y se lo comerán vivo. Para poner tasa á los despilfarros de V. convine en cuidarme de repartir las limosnas, á condición de que V. no metiera baza; porque yo conozco los mandrias. Mas V. rompe lo pactado; está bien, V. es muy dueño: pero yo tambien lo soy de retirar mi compromiso. Conque ya está V. enteradito.

—Como si V. no bubiese dicho nada. V.





OTTO CONTEMPLANDO CADAVER DE SU HERMANO.



quiere emanciparse para volver á los buenos tiempos en que el maniroto del señor cura comido de pobres no podía cenar sino acelgas y aluvias sazonadas con un jalabado sea Dios! No es cierto? Pues le juro que no será.

—Cuide V. de que le paguen al señor cura los derechos de estola y pié de altar que trae har-to descuidados, que por lo que hace á limos-nas yo solo soy quien mangonea. Así pues, guarde esa morralla, y vengase mañana á recojer otros cuatro cientos reales que le tengo preparados, cóbrese y con ellos sus desembol-sos.

—¿No manda V. otra cosa? dijo con retintín doña Felipa.

—¿Por qué lo dice V.? preguntó Gonzalo.

—Porque eso por de pronto no lo hago, y si no me ordena V. otra cosa, me quedare sin servirle.

—¿Doña Felipa!

—¿Qué no mil veces!

—V. no es amiga mía.

—Ya sabe V. que le quiero desde el fondo del corazón, porque de niño le he tenido en bra-zos, y le he dado mil brincos, pero eso no sig-nifica que haya de cerrarme las puertas del cielo por V. Soy terca, he dicho que no, y no será. Entrégume los cuatrocientos reales si quiere, pero no me diga que me cobre lo que no debo cobrar, porque eso es ofenderme; ni me averigüe si de lo mío hago ó dejo de hacer, porque tengo en un rinconcito de mi cuerpo un alma que no es de yeso, la cual gusta tam-bién de ejercer obras de misericordia por cuenta propia.

—Veo que D. Fermín le ha comunicado á V. su manía. La caridad, D. Felipa, para que produzca todos sus efectos, debe ser bien orde-nada. V. falta á los preceptos cristianos, cuando para aliviar al prójimo, se descabala por completo.

—¡Eso tenía que oír! Acabe V., por Dios, y llámeme protestante, que es todo lo que hay por decir á una persona, gritó el ama.

—¡Si no he dicho eso!

(Se continuará).

## DIABLURAS

Federico Terrones no creía en brujas. Espli-carle milagros, era para él contarle aventuras de Simbad. En fin que era un incrédulo de los de cascara amarga.

Pero he aquí que cierta noche, su esposa mu-jer de treinta años y de carnes muy aprovecha-bles, le despertó con sobresalto.

—Federico! Federico! no oyes que ruido suena en el desvan?, dijo ella sacudiéndole de recio.

—Eh! no seas aprensiva; déjame dormir.

A la noche siguiente vuelta otra vez á desper-tar: á Federico, y vuelta este á echar la cosa á tontería. El caso se repitió y Federico empezó á entrar en cuidado.—Es verdad, decía; aquí anda algo: ¿que será? el desvan está completamente desocupado desde que se marchó el fotógrafo llevándose el último clavo. D. Nicasio el procu-rador de la casa que vive en el piso de enfrente, tiene las llaves. Decididamente el caso es singular! Un animal no será, porque el ruido es de un cuerpo duro que se arrastra por el suelo. Otro

que no fuese yo pensaría que tenemos diablos en casa, ¿que gusto!

Maldito el que sentía Federico. Los ruidos con-tinuaban cada vez con más fuerza. El asunto se iba poniendo feo. Llegó al extremo que Federico ya no podía dormir sosegadamente, y hasta algu-na vez estuvo á punto de santiguarse. Él, tan in-crédulo!

No habria dejado pasar dias, si D. Nicasio hubiese estado en el piso; pero el hombre habia ido á tomar baños con su familia, y era menes-ter aguardar su regreso para entrar en el desvan á practicar el conveniente registro. A cada mo-mento la esposa de Federico le importunaba para que escribiese á D. Nicasio, explicándole el caso, pero Federico se resistía por temor á que se le creyese hombre á quien atormentasen duendes.

Y á todo esto el misterioso ruido siempre en aumento.—Ves, ves? decía la esposa de Federi-co: Dios te castiga. No crees en demonios, y para que te convenzas él te los envía á miles. Federico no se atrevía á replicar. ¿Flaqueaban sus convicciones? Tal vez sí, porque cuando se hablaba de diablos ya no reía como antes.

Una noche Federico se acababa de acostar, y como si se hubieran dado cita en el desvan tres docenas de diablillos, comenzó el ruido á la manera de carro que bajase un despeñadero.

—Ya es insufrible esto! gritó saltando furio-so del lecho.—Donde vas? exclamó asustada su esposa.—A concluir de una vez con la broma.—No vayas! por los siete dolores de la Vir-gen! gritó temblando la esposa.—Ahora mismo! Quitál!

Y despues de amartillar el revolver, cojió una luz y en calzoncillos subió los veinte escalones que separaban su piso del lugar del alboroto. Al llegar al rellano paróse á escuchar, y no apertibió el más ligero ruido. Dió tres puñeta-zos a la puerta, y nadie contestó. Ah! ah! dijo Federico para sí: el autor de la broma se ha escapado; mejor es así! Y se retiró.

Desdoblaba la sábana para tomar de nuevo posesion del lecho, cuando otra vez empezó el desesperante ruido. La rabia de Federico no conoció limites. De pronto le ocurrió una idea, y fué subir sin luz y calladitamente hasta la puerta del desvan, y allí observar lo que dentro pasaba. Y como lo pensó, lo hizo, no sin arrollarse al cuello unos rosarios que encon-tró encima la cómoda, y no sin persignarse devotamente á cada tramo que subía. Llegó con el mayor sigilo al desvan, y oyó de cerca el estruendo que tan aterrorizado le traía. No cabía duda: aquello era algo sobrenatural, por que ni era voz humana, ni pisar de animal alguno, ni batir de puertas, sino un sordo co-rrer con son nada parecido al hierro, ni á la piedra, ni á la madera. De punta se le pusie-ron los pelos á Federico.

En aquel momento oyó que alguien subía la escalera. No pudo reprimir un ligero temblor por la sospecha que le asaltó de si venia algun diablo á tomarle la retirada. Pero ¡cual no fué su alegría al ver que el recién llegado era D. Ni-casio, el procurador de la casa!



—D. Nicasio! oh! D. Nicasio! Cuanta fortuna, exclamó.

—Que es esto? está V. loco? A estas horas y en calzoncillos por la escalera? Jesús!

—Las llaves, Sr. D. Nicasio, las llaves.

—Qué llaves?

—Las del desvan.

—Decididamente el pobre chico está loco: pensó D. Nicasio, y luego viendo que Federico entraba detrás de él en el piso, le dijo:—Amigo mío: he llegado este mediodía; ahora salgo del teatro y mañana tengo que partir á las seis. Conque ya vé V. que necesito descanso.

—Descanso? Desgraciado! No le hay para nosotros, D. Nicasio!, exclamó Federico.

—Pero que pasa? tartamudeó el procurador.

—Déme V. las llaves del desvan, sígame y lo sabrá.

Hizo D. Nicasio lo que se le ordenaba, entregando una luz á Federico, y ambos echaron á subir la escalera. Al poner el pié en la última meseta, palideció D. Nicasio.—Qué ruido es este? preguntó.

—Los diablos que se han posesionado de la casa; contestó lúgubremente Federico.

Lanzó, al oír esto, un grito horrible D. Nicasio, y arrojando las llaves se precipitó escalera abajo como si realmente diablos le picasen los talones. Federico abrió el desvan. El corazón le golpeaba en el pecho como una maza. El ruido había cesado. Avanzó con cautela derramando en torno anhelosas miradas. No vió nada. Examinó las ventanas, y todas estaban cuidadosamente cerradas. Aquello acabó por aumentar su terror. Andando de puntitas, para no llamar la atención al diablo, se retiraba, cuando oyó á sus espaldas el misterioso ruido.—Santo Dios! exclamó y quedó como paralizado de miedo.

Allí, allí en la penumbra de la sala se removía un objeto negro y luminoso que se iba aproximando, aproximando. Federico quiso gritar y no pudo: quiso huir, y se encontró sin movimiento. De pies á cabeza temblaba como azogado. Apenas podía sostener la vela con que se alumbraba. El objeto luminoso iba avanzando á rastras y mirándole como un ojo sin pestañas. Federico se sentía fascinado por aquella mirada.

De pronto la palidez de su rostro se cambió en verde subido. Ay! el causante del ruido, el bulto que rodaba por el suelo ¡era una botella! Aquí sí que Federico invocó todos los santos del cielo para que acudiesen en su auxilio. Porque como podía aquello dejar de ser obra del diablo? Instintivamente Federico formó con los dedos índices una cruz, y conjuró con ella al espíritu maligno. Este no se dio por entendido, y siguió moviendo bulla. Creyendo Federico que Satán iba á echarle la zarpa al cuello, se decidió á luchar y se abalanzó á cojer la botella. ¡Oh, Dios! que va á suceder?

—Vato al chápиро! exclamó Federico soltando estrepitosa carcajada. Habrá caso más gracioso?

En efecto el autor de la hazaña era un pequeño ratoncillo que famélico se había introducido en la botella para comerse una cantidad de harina que en ella guardaba el fotógrafo, y

como después del hartazgo había engordado, por más esfuerzos que hacia no lograba salir de la prisión.

Con el cuerpo del delito en la mano bajó más contento que unas castañuelas á tranquilizar á su esposa. Entró en su cuarto, y ¡horror! pero ¡horror de veras! allí entre las sábanas se estaba D. Nicasio que al escapar despavorido del desvan, en su atolondramiento equivocó el piso, lo cual hizo pensar á la acongojada esposa que era Federico el que entraba perdida el habla.

Cayó la botella al suelo rompiéndose en mil pedazos, saltó libre el ratoncillo, chilló la buena mujer, echó á correr D. Nicasio, y se quedó Federico más lelo que cuando en el desvan creía estar delante del maligno.

Ah! desde entonces no ha vuelto Federico á reírse más de los diablos, y cuando alguien niega que estos existen, dice con misteriosa tristeza: «Si á V. le hubiese pasado lo que á mí.....»

## NUESTRAS LAMINAS



### EL HORNILLO DEL AMOR

Son tus ojos un fogón  
por lo ardientes y lo bellos,  
y porque se abraza en ellos  
el más frío corazón.

Causando más de un berrinche  
te los trae amor de fuera:  
ya te digo cocinera  
que tienes valiente pinche.

Más lo chuzco vive el cielo,  
es que tu guiso de suerte  
que en tus manos se convierte  
el corazón en buñuelo.

### UN GOMOSO PROVINCIANO

Toda su ciencia se reduce al arte de engomarse el bigote, prenderse una flor en el hojal, y llevar el sombrero al desgaire con ínfulas de amante hastiado. El hombre cree que no hay niña que no suspire por él. Lo cierto es que si las niñas paran mientes en este tipo, es solo para reírse con donosas burlas de sus cursilerías y estudiadas maneras. Así pasa el gomoso de aldea la vida: inútil para el trabajo, inútil para el amor, y solo aprovechable para divertir á sus espensas los momentos de fastidio. En una palabra, es un ser á quien ni corrigen los años, ni los desengaños, y llega á la vejez persuadido de haber matado de amor las cuatro quintas partes de las mujeres de la villa.

### OTTON, ETC.

Otton I llamado el *grande* fué el primer príncipe alemán que llevó el título de Emperador. Nació en 912, y fué hijo de Enrique el *Pajarero*. Empleó sus armas siempre vencedoras contra los Hunos, los Húngaros, y los Boheimos. Durante una de sus campañas su hermano Thánkar alzó bandera de rebelión. Voló Otton á Alemania presentó batalla á los revoltosos y los destruyó, pereciendo en la batalla el ambicioso Thánkar.

El célebre pintor A. Baur con su pincel inspirado ha trazado en el lienzo el acto de estar el grande emperador contemplando el cadáver del sedicioso príncipe bastardo recogido por unos monjes de Leiche.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, Escudillers, 12.





UN GOMOSO.